

Luis, inventor de paisajes

I

La idea de paisaje surge en el Renacimiento unida al desarrollo de la perspectiva. Antes, la figura aparecía en un entorno que tan solo podía considerarse mero decorado. Esta función decorativa fue cambiando conforme dicho entorno iba cobrando protagonismo en la escena hasta convertirse en el centro mismo de atención. Así, las ideas de paisaje y perspectiva quedaban íntimamente unidas. Eso dicen. La representación de un fondo lejano al espectador acentuaba la proximidad de un primer plano que podía ahora adquirir un carácter nuevo, un protagonismo marcadamente afectivo y jerárquicamente señalado. La sensación de infinitud, antes desprovista de sentimiento, crea ahora en el espectador la constatación de una finitud cercana con la que el sujeto puede establecer una relación diferente.

Sin embargo, como ha señalado la filósofa Anne Cauquelin en su extraordinario libro *L'invention du paysage* –al leerlo tienes la sensación de que conoce bien la obra de Luis Hinojosa– no podemos reducir la idea de perspectiva al terreno exclusivo de lo pictórico. El paisaje, entendido como perspectiva, convertido a partir de aquel momento en imagen simbólica de la naturaleza, condicionará nuestra interpretación de la realidad, nuestra ilusión de aprehender la verdad del mundo, formando una suerte de construcción mental que va a preceder a nuestra mirada misma. Entre paisaje y naturaleza se crea así una relación de igualdad ontológica. La idea de naturaleza, como paisaje, convierte nuestra mirada en la proyección de un entramado cultural, construido a través del tiempo, y en el que podemos incluir también nuestras diferencias individuales. Cuando miramos el mundo a nuestro alrededor proyectamos esta construcción simbólica, como si de un cuadro se tratara, con sus tres elementos característicos: el enmarcado inevitable que proporcionan los límites de nuestra percepción, el conjunto de elementos que aparecen en la escena y la sintaxis que establece las relaciones entre dichos elementos. “Lo que llamamos paisaje se desarrolla alrededor de un punto, en ondas u olas sucesivas para concentrarse de nuevo sobre ese único objeto, reflejo donde vienen a encontrarse a la vez la luz, el olor o la melancolía”, dice Mme. Cauquelin.

Los que hemos tenido la fortuna de contemplar los dibujos de Luis Hinojosa –en mi caso, además, viéndole trabajar y compartiendo largas conversaciones y silencios en el taller- hemos podido constatar esta doble circunstancia. Por una parte, al observar una escena dibujada, tenemos la sensación de que esa imagen que aparece ante nosotros estaba ya, de alguna manera, en lo más íntimo de nuestros recuerdos personales. Por otra parte, a partir de esa experiencia contemplativa, nuestro mirar quedará para siempre cargado de ese mundo tan peculiar que es el suyo; contemplaremos un paisaje cualquiera proyectando desde entonces aquel que vimos en su obra. Luis es un verdadero inventor de paisajes.

II

En una hora incierta, apenas antes del amanecer, frente a este balcón junto a mi cama, un sinfín de pequeños rectángulos de luz van iluminando la noche, uno a uno, como al azar, entre los muros cubiertos de hiedra, a través de esta lluvia fina y silenciosa.

Cada uno de ellos enmarca los signos lánguidos y rutinarios de la vida que comienza cada día.

Alguien abre un frigorífico en la penumbra y su luz ilumina un cuerpo semidesnudo. Un poco más arriba, en la buhardilla, una mujer se peina frente al espejo invisible. A su izquierda, sentada a los pies de la cama, otra mujer contempla sin más la oscuridad de la noche.

Entre sueños, mis ojos recorren sus siluetas esperando un gesto reconocible, un movimiento tantas veces repetido. Junto a la misma mesa, el frutero, el jarrón, el olor del café. Detrás, entreabierta, una puerta; una alcoba tal vez, en desorden.

Amanece. El cielo ya casi plateado. Las luces van apagándose, una a una; y las hojas anaranjadas caen suavemente sobre la acera húmeda y limpia en esta melancólica mañana parisina.

III

Pensemos en uno cualquiera de sus dibujos. ¿Podríamos determinar la hora del día en que transcurre la escena que contemplamos? Se trata de un momento sin duda luminoso, pero no amanece, ni anochece, y tampoco es mediodía; es un instante en el que parece no pasar nada, en cierto modo alegre

y despreocupado, y a la vez inmanentemente melancólico. No hay antes ni después, pero el tiempo está presente, atraviesa la escena con ingrátida ligereza. No hay acción, se diría que los personajes no hacen nada, sin embargo, algo sabemos de sus vidas, intuimos lo que no se nos muestra: Permanecen sentados o caminan sin prisa hacia ninguna parte; tan solo, están ahí. Incluso cuando en la escena no aparece personaje alguno, siguen estando ahí, parece que acaban de marcharse o que aparecerán de un momento a otro. El espacio se abre para nosotros, nos envuelve, cercano y distante a la vez. Ventanas, escenas encuadradas en las que proyectamos nuestros propios recuerdos, nuestros propios paisajes, situaciones que observamos tras el cristal sin sentirnos incómodos ni ajenos, con naturalidad, sin temor a ser sorprendidos en nuestro mirar. No podemos entrar en la escena pero podemos oler el café, sentir la calma que inunda la habitación, escuchar la música o el silencio que ellos escuchan, tal vez incluso recordar lo que ellos recuerdan.

Su paisaje diluye decididamente las fronteras entre dentro y fuera; interior y exterior forman una unidad que nos llena de calma y un extraño bienestar que, lejos de ser indolente, nos mantiene alerta, nos confronta con nuestro propio pasar en el tiempo.